

sentido: sin vileza, sin cierta especie de atentado contra la verdad, no se puede aceptar no tan sólo la lucha, sino ni siquiera proponerla, tanto más que la obra que lleva el nombre de Moisés está entera, perfectamente conservada y por todas partes es la misma, mientras que la obra de Manethon, relativamente reciente, no la conocemos más que por fragmentos informes, cuyas diversas versiones presentan entre sí diferencias considerables.

No obstante, interrogados y discutidos con atención, Herodoto, Diodoro de Sicilia, Manethon, los papiros de Turin, la sala de antigüedades del templo de Carnach, las tablas de Abydos, la antigua Crónica, etc., etc., de ninguna manera señalan al Egipto una antigüedad que difiera notablemente de la establecida por Moisés y la gran Pirámide.

*La Astronomía.*—Interrogada á su vez, la astronomía de los antiguos no supone de ninguna manera ni observaciones prolongadas durante largos siglos, ni una antigüedad desmesurada. En efecto, los egipcios no han conocido hasta muy tarde el año zodiacal de 365 días y un cuarto, y con mucha más razón el período zodiacal de 1460 años solares; y M. Biot no vacila en deducir de una larguísima discusión que la duración numérica de este período ha sido deducida en el segundo siglo de nuestra era, no por observaciones anteriores, sino por teorías astronómicas y por un cálculo retrógrado, para darle la apariencia de una determinación directa.

Dupuy quería que el Egipto fuese el país natal del zodiaco y que su origen se remontase á quince ó diez y seis mil años; pero, y lo probamos de sobras en otra parte, ninguna representación zodiacal completa se encuentra en los monumentos egipcios anteriores á la dominación romana; y en los zodiacos incompletos, el Sagitario está representado por un centauro, figura propia á la mitología griega y completamente extraña al arte egipcio. Está, pues, completamente en nuestro derecho el afirmar estas

deducciones de M. Carlos Lenormant: «La población de Egipto pertenece á la raza de Cham, y vino del Asia á establecerse en los valles del Nilo por el camino de Siria. Es un hecho adquirido para la ciencia y que confirman completamente los datos de Moisés.»

Los anales y la astronomía de los otros pueblos, de los Caldeos, Asirios, Babilonios, Indios, Indo-Europeos, Chinos, Persas, Georgianos y Armenios, Fenicios y Cananeos, Griegos y Arabes, hablan muy alto el mismo lenguaje. No solamente las tradiciones de algunos de estos pueblos no se remontan más allá de ocho mil años, fecha que la Revelación permite señalar á la creación del hombre, sino que los designan como descendientes de Noé y señalan su origen como posterior á los grandes hechos del diluvio y de la dispersión.

Un corto número de escritores, por otra parte ortodoxos, no vacilan en admitir que el hombre antediluviano habita toda la tierra, y que los restos de existencias ó de industrias humanas encontrados en los terrenos cuaternarios pertenecían al hombre antes del diluvio; pero estoy en la convicción profunda de que estos restos pertenecían al hombre de la dispersión, lo he afirmado y lo voy á demostrar invenciblemente en los capítulos siguientes.

*Capítulo octavo.*—*Antigüedad del hombre.* (Continuación).—Cuando en agosto de 1871 confióseme el presentar á la Asociación británica del fomento de las ciencias los sílices labrados encontrados por el abate M. Richard en Gál-gala, en la tumba de Josué, allí donde la Vulgata y los Setenta declaraban había que buscarlos, no vacilé en decir: Estos pedernales encontrados en la superficie de la tierra, en Siria y Egipto, entre los cuales se encuentran todos los tipos conocidos, por históricos que sean, son más antiguos aún que los mismos de Saint-Acheul. Añadía que la cuestión de la antigüedad del hombre, en sus relaciones con la geología y paleontología, estaba completamente re-

sueta en favor de la Revelación; que no solamente no surgirían de las profundidades de la tierra argumentos nuevos en favor de la tesis absurda de la desmesurada antigüedad del género humano, sino que el valor de los argumentos antiguos palidecerá más y más con el tiempo. Considero feliz en poder hacer constar hoy día que mi predicción se ha cumplido.

*Enseñanza de la geología y paleontología.*—Con todo derecho podría rechazar la intervención de la geología y paleontología en el debate relativo á la antigüedad del hombre, porque como decía con infinita razón, en el congreso de Bruselas, un antropologista distinguido, M. Fraas, de Stutgard: «Cuando se habla de terrenos terciarios, miocenos, pliocenos, cuaternarios, trátase de la época en la cual las capas de la superficie de la tierra formábanse en el fondo del mar y de los lagos, allí donde el hombre no podía habitar. Es preciso no confundir la formación de los depósitos con los fenómenos que se producen cuando la capa terrestre ya ha sido formada.» La geología terminó su tiempo, cuando el hombre apareció en la tierra. Esta ciencia además, como la paleontología, no es de ninguna manera una ciencia exacta; cada una de sus afirmaciones es desmentida y anulada por negaciones de igual valor. ¿Cómo marcaría ella una edad absoluta, cuando no puede hacerlo con la edad relativa, y siendo el principal objeto de sus estudios el hacer constar las revoluciones y movimientos profundos y sucesivos del globo terrestre? Ella no encuentra restos del hombre sino en el *diluvium*; luego el *diluvium* es el último asiento, el fin de la geología.

Trátase del descubrimiento de piedras labradas, huesos de animales, cráneos ó esqueletos humanos, en terrenos más ó menos flojos, cuyo origen y el tiempo del depósito no son conocidos. Pero este descubrimiento había sido hecho y sabiamente interpretado en los siglos anteriores. A la Antropología moderna en el fondo no se le ha aña-

dido nada. Son simplemente restos de industrias de pueblos caídos casi en el estado salvaje despues de la dispersión.

Lo que se encuentra en el diluvium, bajo capas de cascajos, arena, lodo ó turba, en las cavernas y bajo los glaciaes estalacmáticos, es lo mismo que se encuentra bajo el suelo de los dólmenes: hachas de piedra, cuchillos de pedernal, puntas de flechas de cuarzo de hueso, fragmentos de vajillas de barro, etc. La notable semejanza de los objetos prueba evidentemente su contemporaneidad; luego los hombres de los dólmenes son hombres históricos ó casi históricos.

Los testimonios naturales y directos de la antigüedad del hombre son: las obras humanas, piedras ó sílices labrados ó no labrados, pulidos ó no pulidos; las edades diversas y sucesivas de la humanidad; los terrenos en que se enterraron los restos del hombre y de la industria humana; los animales contemporáneos del hombre, sus habitaciones, cavernas, ciudades lacustres, etc., el hombre fósil, etc. Y los he examinado uno á uno con el mayor cuidado, y todos atestiguan en favor de la reciente aparición del hombre en la tierra; ninguno de estos testimonios remóntase más allá del diluvio y de la dispersión.

*Sílices labrados.*—Parece fuera de duda que en un período lejano y en todos los puntos del globo tanto en los continentes antiguos como en los nuevos, el hombre ha recurrido á los pedernales ó piedras síliceas para hacer toda clase de instrumentos, raspadores, raederas, puntas de flechas y de lanzas, barrenos, punzones, seguros, cuchillos, martillos, morteros, manos de morteros, etc.

Los sílices que se encuentran por doquiera son de tres clases: naturales ó abiertos, simplemente labrados, pero no pulidos, y labrados pulidos. Los sílices naturales ó reventados por el fuego, el rayo, el choque, la presión, por medio de mil juegos de la naturaleza, que no denotan invenciblemente un trabajo humano, no indican la exis-

tencia del hombre en una época muy lejana; y como éstos son en realidad los únicos que se han encontrado en las capas depositadas en la apariencia en la tierra y no traídas de lejos, en estos terrenos á los cuales se ha tratado de dar el nombre de geológicos, terciarios, eocenos, miocenos ó pleocenos, resulta que la existencia del hombre geológico ó terciario no está de ninguna manera demostrada.

Los sílices labrados, obras incontestablemente humanas, son á la vez prehistóricos, históricos y contemporáneos; no son, pues, por sí mismos testigos de una antigüedad más ó menos lejana. Sólo hablan por el sitio en el que se han encontrado; y puesto que jamás se han hallado en las capas incontestablemente geológicas, de ninguna manera se puede considerar como afirmada por ellos la existencia del hombre en los tiempos geológicos, ó del hombre fósil. Los sílices labrados sólo se encuentran en los terrenos de transporte ó de tránsito; luego por esto mismo que el terreno ha sido transportado y removido, no se puede pedir un sílice que oculte en su seno la edad del hombre que lo ha labrado, á no ser que se conozca la fecha del tránsito ó del transporte. En segundo lugar, los sílices labrados que se han descubierto á grandes profundidades en algunos lechos, han sido encontrados además sobre la superficie de la tierra ó aun en sepulturas históricas ó cuasi históricas; es evidente que la edad real de estos sílices, en tanto que es obra humana, es indicada, no por la mayor ó menor profundidad á que se halla escondida, sino por las condiciones de su posición en la superficie del suelo. ¡Cuánta elocuencia en este sencillo cotejo de M. Eugenio Robert! «Así en Précy-sur-Oise, como en Saint-Acheul sobre las riberas del Somme, hay profusion de instrumentos de piedra y restos de grandes paquidermos, con la diferencia capital de que en Précy las piedras labradas se encuentran solamente á la faz de la tierra y los fósiles en el fondo, mientras que en Saint-Acheul están en profundidades más ó menos considerables aún debajo de las osamentas fósiles.»

Otro carácter que vicia, ó al menos atenúa, el testimonio de los sílices labrados y de las obras humanas en general, en favor de una antigüedad fabulosa, es que son muchas veces falsas, ya sea absolutamente, porque han sido fabricadas recientemente, ya sea porque han sido introducidas en lugares á los cuales eran extrañas; cito numerosísimos ejemplos. Fuera de esto, casi por donde quiera que se encuentran los sílices labrados están mezclados con obras humanas más recientes, históricas ó cuasi históricas, fragmentos de vajillas ó vasos enteros, instrumentos de bronce ó de hierro, medallas, monedas, etc., puesto que el objeto antiguo no puede volver antiguo al moderno, es este el que necesaria y absolutamente rejuvenece al pretendido objeto testigo de una infinita antigüedad: luego los sílices labrados son históricos ó casi históricos, ya que son contemporáneos á objetos ciertamente históricos.

*Monumentos de piedra no labrada. Dólmenes, menhires ó piedras levantadas, cromlechs, galerías cubiertas, tímulos, etc.*—Todos estos monumentos megalíticos son idénticos en la Biblia; afirman la unidad de tronco y la aparición reciente del hombre en la tierra; son por una parte una protesta elocuente contra el poligenismo, y por otra contra la doctrina absurda de la antigüedad indefinida. No son solamente prehistóricos ó históricos, si que también contemporáneos. Se ha encontrado á cien kilómetros de Calcuta una tribu semi-salvaje, los kasienos, que con los nombres de dólmenes, menhires, etc., construían habitualmente monumentos enteramente semejantes á los monumentos megalíticos de Europa y Africa.

*Obras de arte prehistóricas, grabados, esculturas, dibujos, etc.*—Un sabio coleccionador suizo, M. Desor, afirma que, por los conocimientos que tiene, no se atrevería á atribuir una figura cualquiera á la edad del bronce, y con mayor razon á la edad de la piedra pulida ó labrada.

Las obras de arte encontradas en las cavernas ó en otros lugares, obscenas algunas de ellas (la obscenidad supone una civilización adelantada), de ninguna manera son auténticas; no han sido fabricadas en las entrañas de la tierra, sino que son al contrario objetos de mercado ó de transporte. Si se tratase de otra cuestión, sin relación alguna con la Revelación, escuchárase la voz del buen sentido, y no se vacilaría en admitir que estas obras de arte son más recientes que los fragmentos de barro grosero que están tocando ya á la época histórica, partiéndose de esta certeza adquirida, para convenir en la formación reciente de los depósitos de las cavernas, en la mezcla enteramente accidental y posterior de estas obras de arte con los restos de animales y del hombre ó de la industria humana.

*De los terrenos geológicos en sus relaciones con la existencia de la antigüedad del hombre.*—En realidad, las divisiones de los terrenos admitidas por los geólogos nada ofrecen de determinante y fijo; muchas veces ignórase dónde principia un terreno y dónde acaba y comienza el otro; los terrenos llamados primitivos y los terrenos designados con el nombre de secundarios hallanse mezclados, no tan sólo en un solo punto, sino en todos los grados, de manera que ni aun la denominación de terreno primitivo implica indicación alguna de edad relativa, y con mucha más razón de edad absoluta. Pero todos los geólogos están unánimes en admitir que los terrenos primitivos azóicos no ofrecen vestigio alguno de vida; todos admiten, pues, que no siempre ha existido la vida en la tierra, prestando así testimonio y homenaje á la creación. Todos admiten por otra parte que los seres superiores en general, y el hombre en particular, sólo aparecieron en los terrenos terciarios ó aun en los cuaternarios; y esto es una confirmación más de la cosmogonía mosaica. Un solo geólogo, un fervoroso sacerdote católico, el abate M. Bourgeois, afirma haber encontrado obras humanas, sílices labrados por la mano

del hombre en los terrenos de Thenay, que al parecer son terciarios. Pero: 1.º si es cierto que los terrenos de Thenay encierran elementos de terrenos terciarios, estos elementos están revueltos; todo parece indicar que estos terrenos depositáronse regularmente en otros lugares, y que en Thenay no hay más que terrenos de acarreo; 2.º por confesión misma de M. Bourgeois, estos terrenos han sido removidos y nada prueban; 3.º los sílices de Thenay muestran las huellas de la acción del fuego, sin que en su alrededor pueda hallarse traza alguna de carbon; luego vinieron de otra parte, tal vez con terreno no terciario, sino de transporte, ó después de él; 4.º encuéntranse en la superficie de la tierra sílices absolutamente idénticos á los del fondo, y que, necesariamente recientes, determinan la edad de los otros; 5.º de ninguna manera está probado que los sílices de Thenay sean sílices simplemente abiertos por la acción del fuego ó por el choque; la mayoría de los jueces competentes rechazan ver en ellos el trabajo cierto de una mano inteligente; 6.º en fin, el mismo M. Bourgeois no vacila en admitir que el hombre ó el antropoïda que habría labrado los sílices de Thenay pertenecería á una raza extinguida que nada tenia de comun con la raza adámica. Esta no existía, pues, cuando la formación de los terrenos terciarios. Encontráronse en Saint-Prest, en las inmediaciones de Chartres, en terrenos geológicos, sobre varios huesos de *Elephas meridionalis*, estrias ó rayas que al parecer sólo podían ser atribuidas á la mano de un sér inteligente; y esta mano habría sido la del hombre ó antropoïda de Thenay! Pero hoy día está admitido universalmente que estas incisiones son accidentales, ó efecto de voraces animales acuáticos.

*Terrenos cuaternarios.*—De las definiciones admitidas por la mayor parte de los geólogos, resulta que los terrenos cuaternarios no son capas regularmente depositadas en el fondo de los mares ó lagos, sino terrenos de acarreo cuya estratificación es muchas veces desordenada. Por

consiguiente los restos de animales ó los escombros de industria humana encontrados en dichos terrenos no están allí en su sitio primero y natural; fueron llevados allí arrastrados las más de las veces por aguas torrenciales. Y, por consiguiente, en estos terrenos cuaternarios, el órden real de existencias es el inverso del que hay en el seno de los terrenos donde fueron desde luego escondidos. Los séres ú objetos más recientes que las aguas encontraron primeramente en la superficie del suelo, son aquellos que se hallan más profundamente ocultos; los séres ú objetos más antiguos que las aguas encontraron y se llajaron más tarde, hállanse por el contrario más cerca de la superficie. Hé aquí cómo, si el hecho fuera cierto, pudo ser encontrada en el terreno de Abbeville la harto célebre quijada humana, á algunos metros debajo del hueso del *elephas meridionalis*. Esta sencilla reflexion me dispensará refutar los innumerables argumentos en favor de la antigüedad indefinida del género humano, fundados en las excavaciones practicadas en los terrenos cuaternarios, en los diluviums, aluviones, depósitos de las cavernas, etc. Hay más, si la ciencia, harto ligera, no rompiese violentamente con todas las reglas fundamentales de la lógica y buen sentido, si consintiese en partir de lo conocido ó cierto á lo desconocido ó dudoso, convendría en que el hecho incontestable de que la presencia del hombre en las Gallias apenas remóntase á 1,300 años es una prueba de la reciente formacion de los terrenos cuaternarios, ó por lo menos de los depósitos de cascajo de los valles del Somme, Sena y Saone.

Esta formacion reciente es además confirmada por un estudio directo de los cauces de los grandes rios. Hé aquí, por ejemplo, en lo que M. de Rossi ha convenido acerca del rio de Roma: «Su orografía, el estado de sus pantanos en la época de la fundacion de la Ciudad eterna, los nombres primitivos del Tiber, la presencia de su embocadura, en los tiempos en que aun era todavía diluviano, en el lugar del desembarco de Eneas, la abundancia de sus aguas

y sus frecuentes inundaciones, sucediendo á un clima mucho más frio que el clima actual, demuestran invenciblemente que el terreno cuaternario del Tiber, por lo menos en su última fase, está encerrado en los tiempos históricos.»

Los *deltas* y los *terramonteros* son tambien terrenos de aluvion y acarreo, y por consiguiente los objetos que encierran no han sido depositados bajo el suelo. El mismo sir Carlos Lyell conviene en que el transporte por las aguas puede confundir en un tiempo cortísimo lo que los siglos tal vez habian separado. Estos terrenos son, por otra parte, de formacion relativamente moderna, y Cuvier tan sabio no ha vacilado en decir de la manera más general: «Por donde quiera la naturaleza tiene el mismo lenguaje, por donde quiera afirma que el órden actual de cosas no se remonta muy lejos.» Pruebo en particular que no remontan más allá los tiempos históricos los deltas del Misisipi y del Egipto, y que los restos humanos y vestigios de industria humana que se han extraído de ellos, no prueban en modo alguno una antigüedad incompatible con los datos de la Revelacion. Aun en el caso de que los terramonteros y deltas hubiesen crecido lentamente en la época histórica, no podria declararse imposible su rápido desarrollo en los tiempos prehistóricos, cuando las montañas estaban aún despojadas de tierra vegetal. Este razonamiento es extensivo á todo, á los depósitos de cascajo, á las turberas, á los limos de las cavernas, á las estalácticas, á las estalagmitas, etc.

*Las turberas.*—Su edad es desconocida. Los mismos partidarios de la antigüedad del hombre convienen en que generalmente faltan los datos necesarios para evaluar su aumento en espesor. Encuéntranse sin embargo en la historia hechos auténticos, algunos de los cuales cito yo expreso, para probar cuán rápidamente pueden formarse las turberas. Concienzados observadores no vacilan en afirmar que despues de haber examinado las turberas no vacilan en colocar la formacion de la más antigua

más allá de 4,000 años antes de Jesucristo, y que hay muchos motivos en favor de un origen más reciente.

Del hecho de que las masas de turba que cubren en Francia é Inglaterra el lecho de los sílices labrados encierran las mismas faunas, resulta que en la época que se formó esta turba, y con mucha más razón, que se formaron los depósitos de cascajo, Inglaterra estaba aún unida á Francia. Es por otra parte muy probable que esta separación tuviese lugar en los tiempos históricos ó prehistóricos, muy cerca de la era moderna. En efecto, en el siglo séptimo todavía, sólo un arroyo separaba de Francia la isla de Jersey, y las antiguas crónicas dan á entender que los cazadores pasaban de Inglaterra á Francia, sin ser detenidos por obstáculo alguno.

Los *diluviums* no son, probablemente, efecto ó producto del diluvio universal. Esta palabra *diluvium* nada tiene de precisa, y confúndese muchas veces con los aluviones de los valles; por eso muchos geólogos tratan de borrarla del lenguaje geológico.

Los *depósitos glaciales* son el término de la série de los tiempos geológicos; son la consecuencia de la licuacion de las neveras, inmensos fenómenos, evidentemente superficiales, que sobrevinieron cuando nuestros continentes tenían ya su forma actual. Estos depósitos hállanse cubiertos en ciertas regiones por una vasta sábana de barro muy fino, llamado lehm ó loess, y que constituye las mejores tierras vegetales. Este doble depósito de *moraines* y de lehm apenas remóntase á la época de la dispersion, no siendo, pues, de ninguna manera extraño el encontrar en él restos humanos ó de industria humana, tan raros en otras partes donde no puede considerárselos sino como accidentes. Y, pues que estos terrenos son terrenos de transporte, los séres enterrados en su seno han vivido en otras partes, y no puede por lo tanto probar su presencia simultánea la coexistencia de hombres y animales enterrados allí.

En cuanto á la *época glacial*, en la cual no tan sólo casi todas las montañas de Europa y del mundo conocido, sino

también los valles que se cultivan y son habitados hoy día, estaban cubiertos de nieve, nada sabemos de cierto sobre su causa y época. Según el juicio de M. Constant Prevost, las causas físicas en juego actualmente bastan para explicar por completo la formación de las neveras y su inmensa y momentánea extension. M. Tyndall afirma que esta extension es tanto obra del calor como de la accion del frio; mas es absurdo, por consiguiente, hacer intervenir, para dar su explicacion, una fase de enfriamiento extremo y universal, debida á causas astronómicas que la harian remontar á diez, veinte, cien mil, un millon de años. Hago resaltar las contradicciones y extravagancias á que conducen estas hipótesis absolutamente gratuitas. Sir Carlos Lyell, el que más las ha exagerado, se ha visto forzado á decir: «El período glacial es enteramente reciente, pues que casi todos los animales y plantas que, durante su duracion, habitaron el hemisferio norte, son idénticas á las especies que viven en nuestros dias.» Este período glacial, aunque anterior en gran parte al período de los depósitos de aluvion de los valles y cavernas de la época paleolítica, encuéntrase que tiene relaciones tan íntimas con este último período, que es difícil trazar entre ellos la menor línea divisoria. En realidad, el período glacial precedió muy poco á la época de las inundaciones que determinaron los depósitos de cascajos del Somme, del Sena, del Tiber, etc.

Las *brechas huesosas* más ó menos ricas en osamentas humanas ó de otra clase, cimentadas por concreciones calcáreas, son el resultado de depósitos que hácese aun en nuestros dias en las grietas y hendiduras verticales del suelo. En el seno de uno de estos pedruscos antropolíticos, donde pretendíase encontrar un esqueleto humano de la más remota antigüedad, descubrióse recientemente un amuleto de jade verde, carabe de origen, parecido á los que usan todavía los primeros pueblos que habitaron las pequeñas Antillas.

Los *travestinos* ó *tufs* son depósitos de agua dulce, car-

gada de carbonato ó sulfato calcáreo, que se forman hasta en nuestros días, y que pueden ocultar restos humanos, sin que pruebe esto una antigüedad muy lejana. Lo propio hay que decir de los *tufs volcánicos ó peperinos*, montones de cenizas volcánicas, entre las cuales pueden haber sido escondidos restos de animales, plantas, vestigios de industria ú objetos de arte. La brecha volcánica de Denise en los alrededores de Puy, que engerraba un esqueleto entero, habia sido tal vez fabricada artificialmente: en todo caso esta formacion data de la época de la actividad de los volcanes de Velay, época muy cercana á los tiempos históricos. Debajo una capa de peperino encontré un vaso funerario y tambien un *aes grave*, moneda romana, cuya aparicion se ha de hacer remontar al año 250 ó 300 de la fundacion de Roma.

*Estaláctitas y estalagmitas.*—Exagerando hasta el exceso la lentitud de la formacion de los depósitos que constituyen las estaláctitas y estalagmitas, reduciendo el aumento anual de su espesor á una fraccion de milimetro, se ha conseguido en la apariencia remontar á doscientos mil años la existencia de séres inteligentes que fabricaron los objetos de industria que dichos depósitos encierran. Así se tiene el triste valor de sacrificar lo conocido á lo desconocido para combatir con más ventaja á la Revelacion. Pero recientes experiencias han probado que el aumento del espesor de las estalagmitas puede ser de cinco mil milímetros y aun más por año; segun este modo de contar la existencia del hombre de la caverna de Torquay, que hacian 264,000 años más viejo, remontariase únicamente á 900 años antes de la época romana.

De esta larga discusion de los terrenos en que se encuentran restos humanos ó vestigios de industrias humanas, resulta, pues, que desde que se les ha examinado de cerca é interviene la observacion de los hechos, los guarismos fantásticos deducidos de vanas hipótesis entran completamente dentro los límites de la arqueología y de la historia.

*Las edades de la humanidad.*—Se han distinguido ordinariamente en la arqueología prehistórica cuatro principales edades: la edad arquelítica ó de la piedra labrada no pulida, la edad neolítica ó de la piedra pulida, la edad del bronce y la edad del hierro. En realidad esta distincion no tiene alcance alguno, pues que los pueblos á los cuales se aplica salieron de una misma cuna, que sólo atravesaron dichas cuatro edades por la misma razon de esta separacion y dispersion. Hubieran permanecido probablemente como tantos otros en la edad de la piedra, si no les hubiese alcanzado la civilizacion de otras naciones. Por la misma razon la existencia sucesiva de las cuatro edades no es en manera alguna un argumento en favor de una antigüedad indefinida. En todo caso estas cuatro edades hállanse tan involucradas una en otra, que no hay entre ellas deslinde alguno visible; succédanse en todo de una manera insensible, y encuéntranse por donde quiera, en los sepulcros ó en otras partes, amalgamas de instrumentos de piedra, de hierro y bronce. Luego la edad de hierro es histórica y apenas remontase á algunos siglos antes de nuestra era. Asimismo es histórica ó cuasi histórica la edad del bronce, la cual terminó, dice M. Rougemont, en Grecia, en Italia y tal vez en las Galias, 600 años antes de Jesucristo. La edad de la piedra pulida que toca á la edad del bronce es la edad de los dólmenes que son casi históricos. En fin, la distincion entre la edad de la piedra pulida y de la piedra simplemente labrada es más ficticia que real, puesto que se han encontrado sílices pulidos transformados en sílices simplemente labrados.

*Edad de la piedra labrada.*—Sólo nos queda en realidad la edad de la piedra tosca labrada; pues bien, ya hemos dicho que la piedra labrada no prueba absolutamente nada por sí misma, porque es á la vez prehistórica, histórica y contemporánea. Evidentemente no tendria valor alguno, sino en razon de la edad antigua de los lechos en que se la encuentra.

Las excavaciones hechas en Italia por M. Estéban de Rossi acaban en fin de dar alguna luz sobre estos orígenes tan oscuros. Los pueblos del primer periodo arqueológico de la piedra simplemente labrada habitaban las cumbres y laderas de las montañas; encuéntanse sus huellas en las tradiciones primitivas de nuestras historias, en las que se les designa con el nombre de Aborígenas, acampando en las montañas, en las cavernas y en las orillas de las corrientes de agua. Sobre varios puntos se ha notado la coincidencia de sus habitaciones con las de los pueblos neolíticos que les siguieron.

*Edad de la piedra pulida.*—El pueblo de la piedra neolítica ó de la piedra pulida habitó también en primer lugar en las montañas y cavernas, y descendió poco á poco á las llanuras. Hase descubierto, en el lugar en que fué construída la ciudad de Antem, una caverna habitada por él. Comerció con el Oriente y no ha sido olvidado en las tradiciones romanas. Un gran número de autores hablan de las armas de piedra, que era la industria de sus antepasados. El recuerdo de estas armas conservábase tan vivo entre los romanos, que Augusto mandábalas buscar y recoger con el mayor cuidado, llamándolas armas de héroes. En fin, encuéntanse frecuentemente muchas armas de piedra asociadas á objetos de bronce en los arsenales de armas neolíticas y en los sepulcros etruscos.

*La edad del bronce* toca aun de más cerca á la historia. Es contemporánea la aparición del bronce, que vino del extranjero, con el *aes rude*, del que se han encontrado grandes cantidades en las aguas del Vicarello, con otras de monedas de piedra y sobre una aglomeración votiva del *aes signatum*. Las armas de bronce en la forma prehistórica fueron empleadas por los etruscos. El bronce era el metal dominante, reinando Anco-Marcio, y en Herculano.

*La edad de hierro*, en fin, es completamente histórica. El primer uso del hierro en el Lacio corresponde al primer periodo de la historia romana.

En resumidas cuentas, en la Italia central y por doquiera en aquellos tiempos, las cuatro edades llamadas prehistóricas están ligadas entre sí y encadenadas en un progresivo desarrollo del cual dejaron huellas indelebles, y las obras denominadas prehistóricas son obras de un tiempo que se encuentra en relacion directa con la historia.

En Bretaña hállanse también confundidas las obras de las edades de la piedra, del bronce y del hierro; lo que prueba por lo menos que la piedra y el bronce continuaron empleándose hasta la edad del hierro.

*Habitaciones del hombre.—Cavernas.*—Antes que todo hay que decir que los depósitos de las cavernas así como los de los valles son depósitos de aluvion y de transporte; no se puede deducir, pues, de la existencia, en su seno, de osamentas y restos humanos con osamentas de animales de razas ya extinguidas, la existencia de estos mismos seres con vida. En efecto, estas osamentas y restos pudieron ser confundidos, ya sea primitivamente por las aguas, ya sea por un procedimiento natural de fecha más reciente, ya por la misma mano del hombre... Resulta del conjunto de observaciones que la época en que fueron habitadas las cavernas es la de las grandes inundaciones, y que el hombre de las cavernas es el hombre de los depósitos de aluvion, cuya existencia casi toca á los tiempos históricos. Por otra parte uno de los grandes resultados del minucioso estudio de las cavernas hecho por M. Dupont y otros es la demostracion geológica y zoológica de la existencia del mammoth, del leon y del renghfero con el caballo, el buey, la cabra, el corde-ro, etc.; lo que hace enormemente más recientes las pretendidas razas extinguidas.

Rehago con los entusiastas de la antropología moderna la increíble historia de los trogloditas ó habitantes de la caverna de Vézère, y pruebo que no es mas que un tejido de sueños extraños, de aserciones puramente gratuitas, de



patentes contradicciones. A este tan estravagante lirismo, uno de los principales jefes de esta escuela, M. de Mortillet, se ha creído obligado oponer esta tan prosaica realidad. «La poblacion de las cavernas de Langerie-Baja sostenia relaciones con el Mediterráneo donde tomaba sus ciprinas; las mantenía igualmente con el Océano como lo prueban sus conchas de litorina; era eminentemente nómada y viandante. Incurrieron, pues, en un error los que los llamaron trogloditas. Ella acampaba únicamente en las cavernas.» Al mismo tiempo M. Dupont y M. Soreil emittian el pensamiento de que la célebre caverna de Chaveau habitóla el hombre de la meseta de Spierme y del campo de Hastodonte atacado por Julio César, campo en que se han encontrado un gran número de sílices labrados y otras armas de piedra. El poeta romano Claudio conocia los sílices de las cavernas de los Pirineos, acaso la de Lourdes, casi tan célebre como las cavernas de Vezère.

Falsos cálculos basados sobre falsas hipótesis arrastraron a M. Carlos Martins, profesor de la facultad de Montpellier, á hacer remontar á más de trescientos mil años la existencia del hombre de la caverna de Kent ó de Torquay. Pero los datos de cálculos rectificadros y rehechos han hecho descender el guarismo de trescientos sesenta y cuatro mil años á mil años únicamente; luego la existencia del habitante de esta caverna remóntase únicamente á los tiempos cercanos á la historia. Además la Comision de sabios ilustres que ha dado sobre la caverna de Tose-ray una porcion de minuciosas noticias, ha hecho constar más de una vez que su suelo hallábase confundido y removido, hasta el punto que los instrumentos trabajados con más delicadeza, en pedernal ó en hueso, son los que se hallan en los niveles más inferiores.

En resumen, bajo la pluma impresionada de los Antropólogos, las cavernas obscurécense hasta el exceso, y el hecho absolutamente cierto de la reciente aparicion del hombre en la tierra es relegado en una lontananza espantosa; pero en el momento en que dichos misteriosos de-

pósitos se manifiestan á la luz del día, conviértense en testimonios patentes de esta gran verdad: el hombre de las cavernas vivía algunos siglos antes de la era cristiana.

Para hacer retroceder mas aún la existencia del hombre de los sílices labrados y de las cavernas, M. de Mortillet ha querido ver en estas obras humanas cinco diferentes tipos; los de Saint-Acheul, los de Moustier, los de Solutré, los de la Magdalena y los de Boenheim, que corresponderia cada uno á un período de larga duracion. Entre estos períodos ve por otra parte grandes lagunas correspondientes á nuevos y larguísimos períodos; pero esto no es más que un sistema arbitrario y aventurado, desmentido á cada instante por los hechos. Todos estos pretendidos tipos han sido encontrados á la faz de la tierra, y los más antiguos estaban á menudo sobrepuestos á los más recientes.

*Restos de cocina.*—Sobre diversos puntos de la costa de Dinamarca y de otras partes, encuéntranse aglomeraciones de crustáceos y moluscos, encerrando instrumentos groseros de sílice labrado, hogares, carbones, instrumentos de cuerno y hueso, fragmentos de vajillas de barro, etc... Estas acumulaciones de crustáceos son tal vez restos de comidas de las poblaciones indígenas que vivían de la caza y pesca. Pero estos hombres de los restos de cocina nada absolutamente tienen de comun con la geología, vivían á la faz del suelo, alimentábanse de especies de animales que viven hoy todavía; son, en una palabra, parte de nuestra raza, son nuestros ascendientes, y estamos unidos con ellos por un lazo invisible pero real.

Las ciudades lacustres, ó reuniones de habitáculos construidos sobre estacas de encina, son tambien prehistóricas, históricas y contemporáneas, pues que son todavía usadas por tribus salvajes, por ejemplo, por los Papous de la Nueva Guinea. Están acordes generalmente los arqueólogos en reconocer que la fauna y la flora de estas estaciones son la fauna y la flora actuales, que el hombre que las

habitaba es mucho más reciente que el hombre de las cavernas, que pertenecen en fin á la edad del bronce. La época más lejana en que pueden colocarse dichas estaciones es á diez siglos antes de la era cristiana. Las últimas ciudades lacustres datan únicamente de los tiempos carlovingios.

Los terramares, ó marerías de Italia, análogos á las ciudades lacustres, han sido habitados sucesivamente por los hombres de la piedra labrada, del bronce y del hierro. Esta sucesión ó continuación no interrumpida hace al hombre de la piedra labrada esencialmente noáquico y adámico.

*Los animales contemporáneos del hombre.*—La Revelacion nos dice que el hombre en su nacimiento fué contemporáneo con los mastodontes, elefantes, leones, osos, rinocerontes, etc., y que estos eran mansos con él, pues que los revistaba y les daba nombres. Luego la ciencia, haciendo constar la presencia simultánea, en las cavernas y otros lugares, de estos animales y del hombre, no hace más que remachar el clavo; pues que la no-coexistencia de los mamíferos y del hombre es lo que hubiera podido ser un arma contra la Revelacion. Esta coexistencia prueba á lo más que el hombre existía antes de la desaparicion de los animales extinguidos, hecho tanto más natural en cuanto tuvo por causa principal la accion del hombre. Esta desaparicion puede tener por consecuencia ó envejecer al hombre ó rejuvenecer á los animales extinguidos. Uno de estos efectos no es ni más necesario, ni más probable que el otro, pues que es infinitamente más razonable rejuvenecer las especies perdidas que remontar la existencia del hombre á algunos centenares ó millares de miles de años. La fecha de la desaparicion de las razas extinguidas es desconocida, mientras que la fecha de la aparición del hombre en la tierra es conocida, al menos aproximadamente; esta prescribe, y por lo tanto de su parte debe pesar la balanza. Pruebo con documentos auténticos

que sólo son necesarios algunos siglos para extinguir ó modificar profundamente la fauna de un país. Por otra parte la coexistencia sólo ha sido sentada por las escavaciones hechas en los terrenos de transporte de los depósitos fluviales y cavernas; luego la coexistencia en los terrenos de transporte no prueba de ninguna manera la coexistencia en el espacio y en el tiempo.

Sólo para alucinar, para envejecer más y más al hombre, se han apresurado á dividir la edad del hombre contemporáneo de los mamíferos extinguidos en tres ó más edades: la edad del renjifero, la del mammoth, la de los osos de las cavernas, etc., etc. Pues bien, hé aqui que las exploraciones practicadas en las cavernas y otros lugares obligaron á los maestros de la ciencia á confundir en una sola estas diversas edades, que no invocan ya más que para el sostenimiento de la causa, y á hacer existir á la vez sobre un mismo espacio muy limitado, no solamente entre sí, sino aun con las razas más recientes, con nuestras razas domésticas, el buey, el carnero, el cerdo, la cabra, etc., los animales de las especies extinguidas ó emigradas. «Afirmar la existencia de cincuenta y dos especies de mamíferos en Bélgica, decia M. Dupont, en una misma época, la del mammoth, declarar que á las especies que habitan allí todavía en nuestros dias hallábanse adjuntas veinte y ocho especies, cuyos tipos genéricos ó específicos dejaron ya de existir, es plantear un problema de geografía bien extraño y evidentemente de los más complicados: estos son, sin embargo, otros tantos hechos definitivamente demostrados.»

*El mammoth ó mastodonte* habitó la Francia, pero nada prueba invenciblemente que fuese contemporáneo del hombre, y si esta contemporaneidad estuviese demostrada, no envejecería al hombre, sino que rejuvenecería al mammoth. Por ejemplo, si el mastodonte hubiese vivido con el hombre de Denise, testigo y tal vez víctima de la última erupcion volcánica, hubiera existido todavía algunos

siglos antes de la era cristiana. Si el hombre de Langerie-Baja ha hecho verdaderamente el diseño al perfil del mammoth con este á la vista, diseño que M. de Vibray y Mr. de Lartet han encontrado casi en la superficie del suelo, es que el mastodonte vivía todavía entre el hombre ya civilizado; pero es más razonable admitir que este grabado, único en su género, es una obra muy posterior. Si creyésemos las noticias de algunos diarios, el mammoth viviría aún en la Siberia y en la América del Norte, sería una raza emigrada, pero no extinguida.

El renfífero que vive y paze hoy mismo en los climas hiperbóreos, vivía aún en Inglaterra desde el siglo XI al XII, porque los pergaminos de aquel tiempo hacen mención de él. César habla del mismo como morador en su tiempo de los bosques de la Hercinia. No sería, pues, maravilloso que fuese contemporáneo con el hombre de las cavernas, y que si este hombre de los sílices labrados hizo los curiosos diseños que se han encontrado en las cavernas, es porque era más que civilizado, lo que rejuvenecería en una proporción enorme la edad del renfífero. La edad del renfífero es además la edad del caballo, pues que se han encontrado en Solutré enormes cantidades de huesos de caballos y de renfíferos. Es verdad que todos estos caballos y sin duda también todos estos renfíferos eran adultos, de tres á siete años, lo que denota evidentemente, no un pueblo salvaje viviendo de la caza, sino un verdadero ejército, tal vez el de los Estonianos, del que nos habla Chateaubriand en sus *Estudios históricos*, y los cuales invadieron las Galias, montados los unos en caballos, y arrastrados los otros por renfíferos. En Solutré y en otros lugares el hundimiento es tan poco profundo que denota una fecha bastante reciente. ¿Qué son algunos metros comparados con los treinta metros de capas sobrepuetas, que M. Schlieman ha debido traspasar antes de encontrar las ruinas de la ciudad de Troya, que existía todavía á la faz de la tierra doce ó trece siglos antes de la era cristiana? En fin, hácese actualmente en los Alpes tentativas para

aclimatar en ellos el renfífero, y parece que serán coronadas por el éxito. Hagamos alto y examinemos el hecho mas notable de las excavaciones de M. Schlieman. ¡Las ruinas de Troya encuéntranse debajo de ruinas de muchas ciudades, entre estas una ciudad lacustre! ¡Qué golpe tan tremendo para los antropólogos!

Lo que acabamos de decir del mammoth y del renfífero estiéndese y con mucha más razon á las demás especies extinguidas, el leon, la hiena, el hipopótamo, el ciervo, el rinoceronte, los osos de las cavernas, el buey primitivo ó aurochs, etc., etc.

En resúmen, el argumento en favor de la antigüedad indefinida del hombre, basado en su coexistencia con los animales de las especies extinguidas, sólo puede hacer más recientes estas razas. Leemos bajo mil diferentes formas la historia de la humanidad fuera de la geología y paleontología, y únicamente encontramos en esta última la historia de las razas extinguidas. Es, pues, el hombre el que prescribe, y el que por su juventud relativa rejuvenece al animal contemporáneo suyo.

Numerosos relatos y leyendas parecen indicar la presencia en la Europa central, al principio de nuestra era, de un grandísimo número de monstruos ó animales salvajes, notables por su gigantesca talla, su ferocidad y el terror que inspiraban. Casi todos los primeros apóstoles de las Galias encontráronse, en las regiones que evangelizaban, con estos monstruos, á los que milagrosamente exterminaron. ¿Y por qué estos animales gigantescos no pudieran ser acaso mammoths ó rinocerontes? No se puede oponer á la posibilidad ó á la realidad de ciertos hechos el silencio ó el olvido de los siglos que precedieron. Se ha hecho valer en favor de la antigüedad remotísima del hombre de las cavernas ciertas prácticas antropológicas. Pues bien, san Jerónimo cuenta, que siendo aun jóven, vió en las Galias á los Asticotos, pueblo pastor, paciendo en los bosques numerosos rebaños de cerdos, bueyes, corderos, que alimentaban con carne humana, pro-

veniente de jóvenes de ambos sexos. ¡Qué horrible revelación, y cuán poco sabemos en realidad nosotros! Nuestros geólogos no han encontrado todavía huella alguna de la serpiente de Régulo, ni de la tarasca de santa Marta, cuyo recuerdo subsiste tan vivo, como hace diez y ocho siglos, puesto que se ha perpetuado y conmemorado cada año con una pompa extraordinaria.

*El hombre pretendido fósil.*—El último testimonio sobre la antigüedad del hombre que nos resta interrogar es el mismo hombre, ó los restos de éste encontrados en las capas del suelo, las fragosidades de los peñascos, los depósitos de las cavernas, etc., etc. En el fondo esta última discusión es supérflua, porque el hueso sepultado sólo puede ser contemporáneo ó posterior al terreno que lo oculta. Luego, habiendo probado en demasía que el terreno no es un testimonio cierto de la existencia del hombre en una época incompatible con la Revelación, con mucha más razón no lo serán los restos del mismo hombre. Un cráneo humano no podría atestiguar una antigüedad desmesurada sino en razón de su forma bestial, y aun este testimonio sólo tendría algun valor en las insensatas teorías que hacen descender al hombre del mono. Pero hé aquí se ha encontrado en un antiguo sepulcro de la América del Sud un tipo cránico, visiblemente inferior al cráneo de Neanderthal, el más informe de todos los que se han encontrado en la tierra. Luego, la bestialidad no es un carácter de antigüedad indefinida. Por otra parte, los mismos maestros de la antropología afirman que los descendientes del hombre de Neanderthal están aun hoy día mezclados y en yuxtaposición con los representantes de los tipos mas recientes; por consiguiente la conformación del cráneo no afirma por sí misma edad alguna de la humanidad, inferioridad alguna especifica.

Si, con la mayoría de los geólogos, se reserva el nombre de fósiles á los cuerpos organizados cuyas huellas en-

cuéntrase en los depósitos de origen antiguo, ó en las capas regulares del globo, no podrá ya ser cuestion del hombre fósil. En efecto, solamente encuéntrase osamentas humanas en las turberas, los terrenos de aluvion y transporte, etc.; pues bien, estas no son capas regulares del suelo. Esta es la opinion de Cuvier, de la cual decia M. Elias Beaumont: «La opinion de Cuvier es una creacion del génio. Ella no puede ser destruida.» Si atendiéndose á la etimologia, se diese el nombre de fósil á todo resto orgánico encontrado oculto en la tierra, á más ó menos profundidad, nada de verdad tendria la expresion de hombre fósil. Pero, aun admitiendo esta nocion, el fósil supone antes que todo un sér geológico; pues bien, el hombre de ningun modo es un sér geológico.

En resumidas cuentas, aun suponiendo que el hombre fósil sea una realidad, no es en manera alguna un testimonio convincente de la antigüedad remotísima del hombre. El hombre fósil permanece siendo siempre el hombre adámico y noáquico. La naturaleza de los terrenos en donde se han encontrado enterrados sus restos, el estado fisico y químico de sus osamentas, la conformación de su cráneo y de su semblante, etc., etc., no son de ninguna manera pruebas ciertas, ni aun probables, de una antigüedad desmesurada; más de una vez se han encontrado dos cráneos de la forma más opuesta el uno al lado del otro.

Añado, por el contrario, que el exámen y la discusión atenta de los esqueletos y cráneos considerados como fósiles prueba más directamente aún la nulidad del argumento que se ha querido arrojar contra la Revelación.

*El cráneo de Neanderthal*, encontrado en una gruta de escasas dimensiones, bajo capas de limo, sin huellas de animales de especies extinguidas, conservó su materia orgánica, y en nada difiere del tipo medio de las razas germánicas. M. Pruner-Bey asegura la identidad de este cráneo con el de un celta. M. de Quatrefages y M. Hamy encuentran en él el tipo de una raza que aún existe.

*El cráneo de Enghis*, con su doble carácter de superioridad é inferioridad, puede, dice M. Huxley, haber pertenecido á un filósofo ó á un salvaje.

*Los cráneos de los tímulos de Borreby* son probablemente los de los hombres que habitaron en Dinamarca durante la edad de la piedra, contemporáneos ó anteriores á los depositarios de los restos de cocina. De ningún modo se parecen al cráneo del mono.

*El cráneo de Eguisehim*, de cabeza prolongada, de rostro bien desarrollado, encontrado en un terreno de transporte, revela la raza céltica.

La choza de pescador, en donde se han encontrado los cráneos de *Stoderhölze*, en Suecia, es semejante á las que no há muchos siglos construíanse aún en Europa. Los mismos caracteres anatómicos tienen estos cráneos que los de las razas actuales; todo aquí es, pues, moderno.

En el cráneo *californio* extraído del fondo de un pozo se ve el tipo de los cráneos de los indios que habitan aun hoy día las vertientes de la Sierra-Nevada.

Acercá de los cráneos humanos de la guarida de Cro-magnon, el mismo M. Broca vése obligado á preguntar si el acaso no ha querido que la primera cara de hombre conocida de la raza de los trogloditas de Vézère fuera la de un individuo que ofrece algunos caracteres anatómicos excesivos. M. de Quatrefages y M. de Hamy pretenden que esta raza se ha conservado como poblacion hasta los tiempos modernos. Esta continuidad, lo mismo que la de la raza judía, hace entrar en los límites de la historia de la creación y de la dispersion á todas las razas humanas, que desatinadamente queríanse relegar en las profundidades de la geología.

El esqueleto de *Montmartre* de aspecto reciente pudo muy bien penetrar por un pozo vertical entre las capas de yeso, regulares y perfectamente horizontales, que se ha hecho creer desde luego tienen una antigüedad indefinida.

El esqueleto de *Langerie-Baja* no es el de un hombre sorprendido por un hundimiento, sino el de un hombre amor-

tajado con conchas regularmente distribuidas sobre su cuerpo por una mano amiga.

Con motivo del esqueleto de *Fisyes*, M. Pruner Bey repite que todos los caracteres presentados por las osamentas pretendidas fósiles encuéntranse en la raza actual de los Estonianos.

El cráneo de *Long-Barrow* es el de una raza que precedió muy poco á la introduccion del bronce.

Los rasgos del hombre pretendido *plioceno* de Savona en nada difieren de los de un ligurio moderno. Las mandíbulas encontradas en los osarios de París ofrecen formas más excepcionales todavía. Todo indica un cuerpo abandonado á merced de las olas, detenido por una roca y cubierto por un hundimiento ó un depósito de aluvion; porque este pretendido terreno plioceno es un terreno de transporte.

Los cráneos de la caverna del hombre muerto, explorada por M. Broca, notables por la dulzura de sus rasgos, la pureza de sus contornos, la delgadez de sus ternillas, al parecer son de origen fenicio, pertenecientes probablemente á la raza histórica ó casi histórica que construyó los dólmenes.

M. Rivière, que descubrió los esqueletos de las grutas de *Menton*, protestó con todas sus veras contra la calificación de hombres fósiles que se dió á los que se encontraron en el Museo de historia natural de la casa de Cuvier. Llámalos únicamente prehistóricos ó de la edad de la piedra; su ángulo facial es bello y recto; á su llegada á las grutas reemplazaron el sílice por la piedra calcárea ó el asperon que tenían á la mano.

La historia de la *quijada* de *Moulin-Quignon* es muy instructiva. En sí misma esta quijada nada presenta de extraordinario ni que denote una antigüedad desmesurada; en nada difiere de una quijada perteneciente á la edad del hierro; encuéntrase este tipo en el norte de Europa. Tambien púedese creer que fué sacada de una sepultura de Mesnieres é introducida en las excavaciones por un

obrero. El doctor Even no quiere que se le hable de ella. M. Joly de Tolosa, que saludó con entusiasmo el descubrimiento de M. Boucher de Perthes, ha acabado por decir: «No sé qué espíritus malignos cuchichean sobre la célebre quijada de Moulin-Quignon... Confieso que he concebido algunas dudas, os la digo al oído...»

Esto no es todo; era preciso que el triunfo de la verdad fuese más brillante aún y que se consumase la derrota del error por el ridículo. M. Boucher de Perthes dános cuenta en sus *Antigüedades célticas y antediluvianas*, de una sesión espiritista, en la cual, ante la famosa quijada, muchos sabios evocaron el alma del individuo que la había animado y la del gran Cuvier. ¡Yoé, un sabio, víctima del gran cataclismo sobrevenido hace veinte mil años, indicó en qué dirección y á cuántos metros de distancia se encontraría su cráneo! Cuvier reconoció con candor que erró, afirmando que el hombre había aparecido en la tierra en una época no muy antigua. ¡Así terminó lo que está en nuestro derecho llamar estrepitosa comedia...!

Alrévome á decir que he llegado, sobre todos los puntos de la controversia, á la evidencia de la demostración, que no he dejado en pié objeción alguna que no haya completamente refutado, ninguna dificultad que no haya resuelto de sobras, velo alguno que no haya rasgado, ningún misterio que no haya profundizado. Está en mi derecho el proclamar en voz alta, porque es fruto de un estudio sin igual por su vehemencia, persistencia, extensión y profundidad, que todas las afirmaciones de los adversarios de la Revelación se anulan y destruyen mutuamente, por el solo hecho que puede oponérseles en todos los casos, de que sus afirmaciones no tan sólo son opuestas y contrarias, sino rigurosa y diametralmente contradictorias, como lo he demostrado de sobras respecto de la geología. Si Vogt, por ejemplo, afirma que el hombre de Solutré es anterior á Adán, Buchner afirmará que el troglodita de Vézère, contemporáneo ó descendiente del hombre de Solutré, es muy posterior al hombre de las pirámides. Todos los

testimonios interrogados: los terrenos en donde están sepultados los restos del hombre y de la industria humana, las pretendidas y sucesivas edades de la humanidad, las habitaciones del hombre, cavernas, restos de cocina, ciudades lacustres, etc., los animales contemporáneos suyos, en fin, el mismo hombre fósil, su esqueleto y su cráneo, han atestiguado en contra de la antigüedad indefinida del hombre de la manera más unánime y solemne. Todos afirman en muy alta voz por cierto que el hombre jamás tuvo relación alguna con la geología, que apareció recientemente en la tierra, puesto que la época de su aparición no se remonta más allá de la fecha que le señalan los Libros santos, ó por lo menos de la que la Iglesia, fiel intérprete de la Revelación, permite señalarle. Si queda alguna duda sobre la presencia, en la superficie antigua del globo, de seres racionales é industriales, nada prueba que estos seres fuesen hombres pertenecientes á la raza adámica y noéuica, la única de la cual han hablado la Revelación y la tradición cristiana.

Si hago esta restricción, es porque de todas las objeciones que he encontrado en mi senda, sólo hay una que puede haber conservado algun valor, los sílices de Thénay, dados á la luz por el abate Bourgeois. Pero nadie admite su hombre terciario, y los más moderados de sus adversarios confiesan que, en el estado actual de nuestros conocimientos, no tenemos motivo alguno para adoptar su hipótesis del precursor del hombre. Infinitamente más razonable es el atribuir las formas, en la apariencia intencionadas, de los sílices encontrados en los terrenos removidos, á causas naturales conocidas ó desconocidas, el agua, la arena, la arena y el agua, la arena y el viento, la presión, el rayo que se ha visto más de una vez dar á los pedernales formas variadísimas de puntas de flecha, tornillos, cuchillos, etc., que con toda certeza se les colocaría en el período llamado edad de la piedra si se encontrasen con restos humanos.

No vacilo en repetir, concluyendo, y esta cuestión es

más clara que la luz del día, que la ciencia verdadera está en perfecta armonía con la Revelación, y que en sus nuevas sesiones el concilio Vaticano estará en su pleno derecho imponiendo silencio á las negaciones sin fundamento, negaciones que perturban á los espíritus y á las conciencias, y declarando solemnemente que el doble origen adámico y noáquico, la unidad de la especie humana y la aparición reciente del hombre en la tierra, son dogmas de fe, como dogmas son también de la ciencia adulta.

He creído debía completar también este cuarto tomo con algunos apéndices cuyos materiales provienen de descubrimientos y publicaciones recientes.

*Apéndice A.—Acuerdo de la Biblia y de la geología* por el abate *Gainet*.—El cuadro sinóptico, comparando los hechos de la geología con los relatos del Génesis, constituye una concordancia perfecta. Encuéntrese por ambas partes: unidad de plan de la creación puesta en evidencia por el enlace providencial é inteligente de todos sus detalles: graduación ascendente en el orden en que los seres organizados aparecen uno tras otro, del menos perfecto al más perfecto, hasta el hombre; unidad orgánica ó de composición con coordinación perfecta de los órganos y de las funciones; el hombre punto central y final del objeto y del plan de la creación, etc., etc.

*Apéndice B.—La teoría darwiniana y la creación llamada independiente* por *José Bianconi*, profesor emérito de la Universidad de Bolonia.—Se ha querido hacer de la unidad del plan de la creación un argumento en contra de la doctrina de las creaciones independientes; M. Bianconi demuestra que la unidad del plan es la consecuencia necesaria de las condiciones de la existencia de los animales. Es sencillamente una repetición por necesidad mecánica. M. Bianconi vá más lejos; demuestra que la perfección mecánica de los órganos de aprehension y locomocion es inexplicable en la teoría de las transfor-

maciones indefinidas, porque las formas intermediarias por las cuales les sería preciso pasar son las más de las veces imposibles. Despues de haber probado de este modo que los organismos animales son máquinas vivientes creadas segun las leyes de la más sabia mecánica, prénguntase el autor quién ha sido el mecánico, y responde en son de triunfo que es Dios.

*Apéndice C.—La Evolucion y la Creacion* por *M. Saint-Georges Mivart*.—El sabio profesor de la Universidad católica de Lóndres, limitando la creación inmediata al alma del hombre, admite que su cuerpo pudo resultar de una evolucion verdadera y sucesiva, y prueba que esta opinion no es contraria á la tradicion católica, de tal manera que, si la hipótesis darwiniana se hallase justificada, de ningun modo podríamos maravillarnos de ello. El autor prueba su tesis, invocando la autoridad de san Agustín, santo Tomás, Suarez y otros teólogos de todos los siglos de la Iglesia... Citemos aquí únicamente á san Agustín: «Del mismo modo que en la simple semilla hállase contenido todo lo que con el tiempo debe elevarse con el nombre de árbol, así también, cuando se dice que Dios *creó todo juntamente*, debe entenderse el mundo entero con todo lo que ha sido hecho en él y con él, al llegar su día, no solamente el cielo con el sol, la luna y las estrellas, sino que también todos los seres que la tierra y el agua han producido potencial y consecutivamente, antes que nacieran en la sucesion de los tiempos.» Segun el pensamiento de S. Agustín, los cuerpos celestes fueron formados desde el primer momento de una manera completa. Ya entonces estaban separadas en la tierra las aguas de los continentes; la tierra reunía todas las condiciones requeridas para llegar á ser la morada de los seres vivientes y animados; pero la producción de estos últimos seres no estaba completa y terminada sino en cierta manera, en el sentido que la tierra y las aguas, pasando de la nada al ser, habían recibido al mismo tiempo el poder de dar, en

el día y la época fijada, á los séres vivientes, destinados á derramarse por los aires, por los abismos de los mares y por todos los puntos del globo, la vida y el movimiento que constituye el más bello ornamento de la naturaleza. Los séres vivientes no habrían aparecido, pues, en su estado actual, sino con el tiempo ó desenvolvimiento de los siglos.

En la más rigurosa y sublime significacion de la creacion, dice M. Mivart, esta es la generacion inmediata y absoluta de todas las cosas, sin medios ó materia preexistentes, y constituye un acto sobrenatural. Pero la palabra creacion puede significar tambien la formacion mediata y derivativa de los séres, en el sentido que hubiese sido dotada la materia preexistente del poder de hacer evolucionar en ella, con condiciones apropiadas, todas las diversas formas que toma subsecutivamente, habiendo sido conferido por Dios este poder desde el primer instante, y habiendo sido tambien constituidas las leyes por El á fin de que su accion deparase las condiciones favorables. Este modo de creacion es la accion natural de Dios en el mundo ejerciéndose por la intermediacion de las leyes. Es preciso admitir necesariamente que el alma del primer hombre fué el objeto y la causa de una creacion inmediata y sobrenatural; pero puede admitirse para el cuerpo del primer hombre una creacion mediata ó derivativa, por medio de la evolucion. A ninguna de estas concesiones me inclino.

*Apéndice D.—Estudio elemental de la Filología comparada. Origen de las lenguas y de las Religiones.*—En el cuerpo de mi obra ni podia ni debía considerar la filología más que bajo un solo punto de vista: la diversidad de lenguas en manera alguna está en contradiccion con la unidad de origen y de especie del género humano. Creo haberlo probado de sobras. Aprovecho la aparicion de una entretenida obra de M. Félix Julien: *Viaje al país de Babel*, para resumir los progresos hechos por la filología en estos úl-

timos años. La deduccion de todas las conquistas de la ciencia es perfectamente ortodoxa. Cualquier lenguaje humano ha sido circuncrito á tres familias de lenguas, constituyendo tres grupos de raíces correspondientes, sanscritas, semíticas, y turanianas. ¿Estas raíces reducidas á tres grupos son reducibles entre sí? ¿Afirman la unidad de origen y de especie del género humano? La ciencia, á pesar de todos sus esfuerzos, no ha podido demostrar lo imposible de esta unidad. En todo caso la unidad de especie y de tronco no excluye por medio de las lenguas la diversidad de origen.

En un bello volúmen intitulado: *Los Salmos ó estudios preparatorios para la inteligencia del texto sagrado*, el reverendo P. Champion, jesuita, no ha vacilado en ir más lejos que M. Max Muller y M. Julien. Atrévese á afirmar y cree haber demostrado que la lengua hebrea es la lengua primitiva, la madre y la nodriza de todas las lenguas del mundo.

*Apéndice E.—Año religioso de Abraham.*—El abate Chevalier, cura de Mandes, de la diócesis de Versalles, cree haber encontrado en la tradicion y la Biblia una nueva unidad cronológica, el año religioso usado entre la familia de Abraham, de siete meses lunares; lo cual permitiría señalar la fecha verdadera de los principales hechos de la historia santa, y resolver las grandísimas dificultades que presenta todavía la cronología bíblica. Es todo un nuevo sistema, muy poco probable en sí mismo, pero que yo resumo fielmente por no omitir nada de lo que puede ser favorable á la grande causa que defiendo. La adopcion del año religioso de Abraham restablece el acuerdo, al menos en la apariencia, entre las contradictorias historias de Jacob y Esau; arroja mucha luz sobre el periodo de los Jueces, tan confuso y aun tan contradictorio; restablece el acuerdo, hasta ahora imposible, de las tres cronologías de la Biblia, hebrea, samaritana y de los Setenta, como tambien entre las cronologías de Moisés, de



los Caldeos, Asirios, Egipcios, Chinos, etc. Pero, lo repito, las bases de este sistema son demasiado inciertas, y sólo se alcanza el resultado buscado por medios arbitrarios.

*Apéndice F.—Cronología bíblica.*—Un sabio filólogo y arqueólogo, M. Julio Oppert, cree haber alcanzado restablecer, después de largos estudios, la cronología bíblica. He creído bueno el resumir los artículos que sobre este objeto ha publicado dicho señor en los *Anales de filosofía cristiana*, y dar á luz sus deducciones, acompañadas de su cánon bíblico.

*Apéndice G.—La antigüedad del hombre y el origen reciente del hombre.*—Estos son los títulos de dos grandes obras, una de ellas de M. Carlos Lyell, cuarta edición, la otra de M. Jaime C. Southvall, de Filadelfia. Encuentro en el análisis que de ellas hago la confirmación plena y entera de las deducciones á que me han conducido mis largos estudios bíblicos, históricos, arqueológicos, geológicos y paleontológicos. Esta última obra es, por otra parte, un glorioso testimonio de la reaccion que comienza y que será muy pronto completa.

*Apéndice H.—Arqueología celta y gálica, memorias y documentos relativos á las primeras edades de nuestra historia nacional*, por M. Alejandro Bertrand, director del museo de San German.—Esta es la división de un libro cuya aparición es un feliz acontecimiento, y que yo con mucha diligencia analizo, porque restablece completamente los verdaderos principios sobre la antigüedad verdadera del hombre.—Los resultados de la arqueología no van desacordes con los datos de la historia.—Las innumerables excavaciones hechas en inmensas superficies no nos enseñan nada capaz de causar sorpresa alguna á los viejos historiadores.—La introducción de la geología en la arqueología no es de ningún modo necesaria y presenta graves peligros.—La palabra *edad*, de la que tanto se ha

abusado, es irracional, porque siempre vá más allá del alcance de los hechos.—Las razas animales desaparecen por otras influencias que las de la atmósfera.—La civilización no es indígena, es traída de fuera, etc., etc.

*Apéndice I.—Los estudios prehistóricos del libre-pensamiento ante la ciencia. Respuesta á M. de Mortillet por M. Chabas.*—*Los exploradores de Solutré*, carta de M. Chabas al abate Duerot y á M. Arcehn.—*Una estacion prehistórica de Thorigné-en-Charnié* por el abate Marchand.—*El lecho prehistórico del Monte Dol* por el abate Hamard.—Estos son los títulos de cuatro interesantes folletos que analizo, porque todos cuatro son otros tantos mentis dados á la fábula de la antigüedad indefinida del género humano. M. Chabas, corresponsal del Instituto, sabio de mucha autoridad, afirma que no puede relegar los límites de la civilización histórica más allá de seis mil años, sin entrar en el dominio de la mitología; que en las Galias la edad de la piedra no se remonta más allá de tres mil años; y que no puede sentar por principio el hecho de la barbarie ó salvajez de los primeros hombres.—En los exploradores de Solutré, M. Chabas hace constar que, segun confesion de M. Ferry, la estacion de Solutré no se remonta más allá de la edad de la piedra pulida. Era otorgar demasiado; es preciso descender á la edad del bronce, pues que M. Estéban Recamier ha encontrado un anillo de este metal en el dedo de un esqueleto de Solutré.—Las exploraciones del abate Maillard desalojan con mucha ventaja la clasificacion completamente arbitraria de M. Gustavo de Mortillet: en Thorigné, el sílice *Monsteriano* es contemporáneo del *Magdaleniano*; el *Solutriano*, así como la piedra pulida y la vasija de barro romana, pertenecen á la época galo-romana.—El abate Hamard no vacila en convenir que el lecho del monte Dol, prehistórico en el sentido que es extraño á la historia, no es sin embargo anterior á esta, pues su fecha aproximadamente data del principio de la era actual.

*Apéndice J.—La especie humana, por M. de Quatrefages,* miembro del Instituto de la Academia de ciencias y profesor de antropología en el Museo de historia natural. Feliz soy en poder hacer constar por el análisis que el mismo autor, cuya moderación, autoridad y ciencia nadie pondrá en duda, hace de su bueno y bello libro, que dá completamente la razón á la Revelacion (sin que con todo eso se meta en cosa alguna que á ella ataña, y permaneciendo en un terreno puramente científico) en todos los puntos esenciales: la unidad de origen, de especie y de centro de la creacion, ó sea del tronco de todas las razas humanas: la aparicion relativamente reciente del hombre en la tierra: la improbabilidad absoluta de los sistemas de Evolucion, ó del Darwinismo, y de la descendencia del hombre del mono, etc. M. de Quatrefages no es tan firme sobre la fecha absoluta de la creacion del hombre, porque, en contradiccion con sus antiguos principios, no se ha librado bastante de las pretensiones de la Geología; sin embargo sus valuaciones hállanse encerradas entre los límites extremos de la cronología bíblica.

---

---

TOMO TERCERO.

---

---

LA FE Y LA CIENCIA.

(CONTINUACION Y FIN.)

*Capítulo nueve.—La verdad absoluta de los Libros santos.*—No cesaremos de confesarlo: la inspiracion concedida á los escritores sagrados no tuvo directamente por objeto constituirles en estado de sabios y hacer caer de su pluma el conocimiento dogmático de las leyes y fenómenos del universo. Podríamos conceder: que enunciaron sencillamente los hechos de la naturaleza con el solo intento de darse á entender de aquellos á quienes dirigianse; que la asistencia especial que recibieron limitóse á preservarlos de cualquier error personal, acerca del dogma y de la moral; que narraron muchos hechos segun la opinion reinante en la época en que estos acontecieron; que se acomodaron á las ideas del tiempo y del vulgo, conformándose al espesarlos á la manera vulgar de presentar los fenómenos, etc. Pero no podré hacer estas concesiones, mientras la necesidad de ello no sea rigurosamente demostrada, mientras no se haya probado la existencia, en la santa Biblia, de un error científico evidente ó cierto. Ha llegado el momento de probar: 1.º que no se ha dado esta prueba; 2.º que de hecho todos los pasajes de los Libros santos que están relacionados con la ciencia son admirables por su verdad, y están en tan perfecta armonía con los oráculos de la ciencia más adelantada, que no se puede prohibir el mirarlos como divinamente inspirados;